

uno de los guerreros más rudos de Napoleón, acabó por exacerbarlos, y cuando aquel general dimitió el mando, en la primavera del año 1833, el país estaba de un cabo al otro en armas. A la sazón se había puesto á su cabeza un joven emir de Mascara, Abd-el-Kader, que contaba veinticuatro años y era hijo de un morabito muy venerado y descendiente del Profeta. Era el joven Abd-el-Kader jefe tan atrevido como astuto y hábil, cuyo nombre registra la historia como otro Viriato y Claudio Civilis.

Cansado ya de luchas estériles el general Desmichel, que mandaba en Orán, hizo un tratado de paz por su propia autoridad, en 26 de febrero de 1834, con Abd-el-Kader, reconociéndole como señor del territorio de Orán, con otras ventajas accesorias pero muy notables, como el derecho de adquirir armas y municiones en Francia. El objeto del general era eliminar el señorío turco de Argelia, pasándolo á manos de un árabe amigo, y conservar únicamente para la Francia algunas plazas marítimas. El gobierno mismo no tenía todavía ningún proyecto fijo y vacilaba entre el abandono completo de su conquista y el deseo de conservarla, hasta que finalmente se resolvió con las cámaras por la conservación. Nombróse al general Drouet d'Érlon gobernador general de Argelia, y mientras este malgastaba el tiempo escarmentando pasajeramente á las tribus costaneras, trabajó Abd-el-Kader sin descanso en fortificar y extender su poderío. Con el apoyo de la misma Francia, formó un ejército organizado y disciplinado á la europea, y reinó sobre sus súbditos mahometanos y sobre los cristianos establecidos en su territorio con igual justicia y equidad. Estas buenas relaciones acabaron cuando quiso extender su dominio sobre dos tribus aliadas de los franceses (1). El general Trezel se echó sobre él sin aguardar órdenes superiores, pero fué rechazado, y al pasar en su retirada por el desfiladero de Macta, en 28 de junio de 1835, arrojóse el emir sobre su división causándole grandes pérdidas. Esta derrota hizo patente que el sistema seguido hasta allí no podía continuar y que era preciso ó renunciar á toda lucha ó proceder con arreglo á un plan general bien meditado y realizarlo con todos los medios necesarios. Esta última opinión fué la que prevaleció, por los esfuerzos de Thiers, y entonces puede decirse que empezó la conquista definitiva de Argelia.

En el mes de noviembre de 1835 partieron con tropas numerosas el heredero del trono y Clauzel, nombrado gobernador general, para emprender una campaña enérgica contra el emir, cuya capital entregaron á las llamas, mientras él mismo tuvo que huir y buscar un asilo en la sierra; los vencedores, avanzando siempre, ocuparon Tremecen, en la frontera de Marruecos, dispusieron en la embocadura del río Tafna la construcción de fortificaciones y sometieron las tribus del otro lado del Chelif. Satisfecho Clauzel de tan brillante éxito creyó poder anunciar á su regreso la conclusión de la guerra, pero pronto los sucesos demostraron lo contrario. Había nombrado bey de Constantina al renegado Yusuf, cuyo despotismo excitó á los pocos meses á las tribus vecinas á la rebelión, y como al propio tiempo volvió á presentarse en escena Abd-el-Kader, el levantamiento tomó tan grandes proporciones que llegó hasta las mismas puertas de Argel. Las fuerzas francesas estacionadas en la desembocadura del Tafna para los trabajos de fortificación, quedaron estrechamente bloqueadas, y mal lo habrían pasado si no hubiese acudido á su socorro desde Tolon el general Bugeaud, que derrotó completamente, en 6 de julio de 1836, las fuerzas de Abd-el-Kader, junto á la confluencia de los ríos Sikak é

(1) Acabaron cuando el gobierno francés, una vez resuelto á conservar su conquista, desaprobó el tratado hecho con Desmichel.

(N. del T.)

Ysser. Las ventajas de esta victoria fueron anuladas por las pérdidas, diez veces mayores, que causó á los franceses la expedición, inconsiderada y completamente injustificada, tanto bajo el punto de vista militar como bajo el político, que Clauzel emprendió contra Constantina, la Cirta del rey nómada Yugurta. No estando preparado el ejército expedicionario para un sitio difícil, tuvo que emprender la retirada después de un golpe de mano desgraciado contra su fortaleza inexpugnable. En aquella retirada abandonó los heridos más graves y una parte de municiones, y gracias á la seguridad y al valor del comandante Changarnier, que mandaba la retaguardia, pudieron regresar á Bona 5,000 hombres de los 8,000 que habían salido, y de los 5,000 sucumbieron todavía 1,200 en el lazareto. Fué este uno de los mayores reveses que sufrieron los franceses en Argelia, y tuvo por consecuencia inmediata otra sublevación general de las tribus del Oeste, acaudilladas por Abd-el-Kader, que poco antes fugitivo, volvió á presentarse tan temible como anteriormente. La opinión pública en Francia pedía á gritos una satisfacción ruidosa para el honor de las armas francesas, y en las mismas ideas abundaba el gobierno, pero sin perjuicio de lavar la mancha del descalabro de Constantina volvió á su resolución anterior de conservar solamente las plazas marítimas y renunciar al interior. Se encargó, pues, al general Bugeaud que cediera, y este cedió á Abd-el-Kader, en el tratado de 30 de mayo de 1837, firmado á orillas del Tafna, el territorio interior de Orán con Titeri, y tan á la ligera renunció el gobierno al fruto de siete años de grandes sacrificios y trabajos que creyó tener en el emir agraciado un vasallo mientras este, apoyado en el mismo tratado, se consideraba soberano absoluto del territorio cedido.

El gobernador general de Argelia, Damremont, fué el que recibió la misión de castigar al bey de Constantina. Mejor pertrechados que antes, los franceses tomaron esta vez la plaza por asalto el 13 de octubre, después de una resistencia desesperada de los árabes. La toma de Constantina no se consiguió sin grandes pérdidas por parte de los franceses, contándose entre los muertos el mismo gobernador general, por cuya razón dirigió el asalto su segundo, el general Vallée, que recibió en recompensa el bastón de mariscal y el nombramiento de gobernador general de Argelia. Distinguiéronse en la misma acción el general Bedeau y el entonces teniente coronel Lamoricière.

Este brillante remate de la campaña de Africa, la amnistía y el casamiento del príncipe heredero, fueron los tres puntos luminosos de la administración del ministerio Molé, que este aprovechó para disolver la cámara y proceder á nuevas elecciones, á fin de obtener un parlamento con mayoría fija y que dejara al gobierno libre é independiente entre todos los partidos que mutuamente se equilibraban é inutilizaban. Pero Molé y sus compañeros de gabinete se equivocaron, porque apenas reunido el parlamento y conocida la táctica del gobierno, se coaligaron todos los partidos para probar al rey que no le era dado emanciparse de la voluntad de la cámara. No mejoró la disposición de esta cuando llegaron de América las noticias de los buenos resultados obtenidos por la marina francesa, que en aquellas lejanas playas protegió los intereses y sostuvo brillantemente el honor de la Francia. En efecto, en 12 de febrero de 1838, el capitán Dupetit Thouars había obtenido de la república de Haití el pago de 60 millones de francos que debía, según tratado, á los colonos franceses desposeídos cuando la separación de la isla de la Francia; también se había obligado á las repúblicas Argentina y de Chile, bloqueando sus puertos, á respetar los derechos de los franceses establecidos en ellas, y lo mismo se había hecho respecto de Méjico después que el

almirante Baudin, con el cual iba el príncipe de Joinville, había abierto el fuego contra el fuerte de San Juan de Ulua, que á pesar de su fama de inexpugnable se había entregado al día siguiente, hecho que excitó los celos del gobierno inglés, por cuya razón entusiasmó doblemente á los franceses.

Pero si en general pasó esta legislatura de 1837 y 1838 sin otro accidente notable, no sucedió lo mismo en la siguiente, abierta en enero de 1839, en la cual la coalición opositora dió un rudo golpe al gobierno personal del rey. En la contestación al discurso del trono, cuya discusión duró desde el 7 al 19 de enero, la oposición, acaudillada principalmente por Thiers, después de examinar diferentes puntos del gobierno interior, se fijó principalmente en la política exterior, que calificó de mala, mezquina, funesta para el país y peligrosa para la paz, obtenida á costa de grandes sacrificios. Según Thiers, el gobierno no había sacado las ventajas que debiera del arreglo de la cuestión belga; merecía censura por haber pedido y obtenido, con el apoyo de las potencias del Norte, la expulsión de Luis Napoleón de la Suiza, á pesar de estar naturalizado en el cantón de Turgovia; solo que el príncipe, para ahorrar á la confederación semejante humillación, se había expatriado voluntariamente, y finalmente, era también censurable por haber evacuado á Ancona en 25 de octubre anterior, aunque era evidente que la continuación de las tropas francesas en aquella ciudad no tenía ya razón de ser desde el momento en que los austriacos, cediendo á las observaciones del papa Gregorio XVI, se habían retirado también de Ferrara.

El rey contestó á este ataque disolviendo otra vez la cámara, el 2 de febrero de 1839. Las nuevas elecciones fueron reñidísimas; el gobierno puso en juego todos sus recursos, pero no le valió, porque la oposición obtuvo mayoría, aunque no muy numerosa, con su grito de guerra unánime: ¡Abajo el gobierno personal!

Esta vez no aguardó el ministerio la apertura de las cámaras, y dimitió en 8 de marzo del mismo año.

Hasta aquí llegó la victoria de la coalición parlamentaria. Con la dimisión del ministerio salieron á la superficie la rivalidad y la ambición mezquina de los jefes de partido y de fracción, que pretendieron cada uno una cartera determinada y ninguno quería resignarse á que otro la tuviera. En medio de esta lucha quedaba el rey con las manos libres para prolongar su gobierno personal con la crisis, complaciéndose en probar á cada fracción con los hechos su incapacidad evidente de formar un ministerio sólido, y como consecuencia de esta incapacidad, la necesidad de la dirección personal y superior del rey.

Hacia ya dos meses que duraba la crisis, y Dios sabe hasta cuándo habría durado, si no hubiese dado súbitamente al traste con tantas pequeñas contiendas y ambiciones ruines una nueva asonada republicana, después de haberse descubierto ya otra conspiración contra la vida del rey por medio de otra máquina infernal (1). Esta vez la sociedad llamada de las Cuatro estaciones fué la que, animada por el largo interregno ministerial é impulsada por el descontento de la clase obrera, que pasaba por un triste período, decidió dar un golpe decisivo, y Barbés con una turba armada, el 12 de mayo de 1839, tomó por asalto el palacio del ayuntamiento donde proclamó la destitución «del tirano cobarde que vivía en las Tuillerías.» Esta empresa loca no tuvo éxito, no fué secundada por nadie, la población no se cuidó ni poco ni mucho de ella; la tropa desalojó sin ningún esfuerzo el pala-

(1) Los conjurados principales se llamaban Hubert, Steuble y Lauer Grouvelle.

cio municipal, y Barbés, preso con otros, fué condenado á muerte con su compañero Blanqui, capturado después; pero el rey conmutó la pena en encierro perpetuo.

La única consecuencia notable que tuvo esta intentona fué el saludable miedo que inspiró á la cámara y la formación inmediata, en aquel mismo día, 12 de mayo, de un ministerio á gusto del rey, es decir, de un ministerio que se adaptó obediente á su voluntad y se contentaba con cumplir sus órdenes. Lo formaban, bajo la presidencia del mariscal Soult, hombres de segunda fila sacados de entre el grupo doctrinario y de los dos centros. El triunfo del rey fué de corta duración, porque al instante volvió á formarse la coalición contra el gobierno personal, y aquella coalición á los ocho meses tuvo ocasión de dar á Luis Felipe otra lección contundente para enseñarle que no era bastante fuerte para sacudir el yugo del parlamento. El ministerio tuvo la torpeza de presentar á la cámara otro proyecto de dotación de la familia real, esta vez á favor de la princesa Victoria de Coburgo-Cohary, desposada con el duque de Nemours, pretensión que fué rechazada, como lo había sido la dotación á favor de los dos hijos mayores de Luis Felipe (2). El golpe fué rudo y el ministerio presentó, en enero de 1840, su dimisión al rey, que la aceptó murmurando: «Mañana firmaré mi humillación,» queriendo decir que no le quedaba más recurso, en vista de la tempestad que amenazaba por el lado de Oriente, que encargar á Thiers, adversario el más obstinado é incorruptible del gobierno personal, la formación de un nuevo ministerio. Costó trabajo á Thiers desempeñar su encargo, porque sabiendo muy bien que su partido, el centro izquierdo, representante de la clase media, no era bastante fuerte para sostenerle; tuvo que buscar compañeros hasta en los grupos de la derecha é izquierda de la cámara. Sabía además perfectamente que si el rey acudía á él era solo á la fuerza, y que, de consiguiente, siempre sería enemigo suyo, aunque las circunstancias le obligasen á disimularlo. En semejantes condiciones no era fácil encontrar compañeros de valía, y efectivamente, hasta 1.º de marzo de 1840 no pudo presentar al rey el nuevo ministerio, en el cual se había reservado, además de la presidencia, la cartera del Exterior.

Juzgando por la apariencia, el estado de la Francia era entonces muy satisfactorio; el orden imperaba en todas partes, el bienestar material iba en aumento, habiéndose calculado que el capital móvil total del país se había aumentado desde 30,000 millones, en que se calculó en 1830, hasta 45,000 millones de francos, en 1848. La renta del Estado de 5 por ciento se cotizaba á 111, y la del 3 por ciento á 81; los capitales abundaban y buscaban donde emplearse, dando lugar á empresas vastas y de rendimientos tardíos. En toda esta prosperidad la parte menor fué la que había tenido el gobierno; verdad es que adoptó algunas medidas benéficas, fundó cajas de ahorro y suprimió las casas de juego, incluso la lotería, que disminuyó los ingresos del tesoro en diez millones de francos; pero en general uno de los mayores defectos de la monarquía de julio fué su corta inteligencia en materias económicas y su desconocimiento de las exigencias modernas. Este defecto fué también una de las causas de su caída

(2) El célebre publicista, jurista, diputado, etc., vizconde de Cormenin, empezó en 1831, con motivo de la discusión del presupuesto, á publicar sus famosas: *Lettres sur la liste civile*, que en diez años tuvieron 25 ediciones. Además de otras muchas obras científicas, jurídicas, literarias, instructivas y algunas al alcance del pueblo, publicó también muchos folletos y artículos bajo el seudónimo de *Timon* en el *Journal des Débats*, y en uno de los más punzantes, titulado: *Questions scandaleuses d'un Jacobin au sujet d'une dotation*, trata el caso que nos ocupa aquí, haciendo ver el contraste entre el riquísimo y codicioso rey Luis Felipe y la miseria atroz del pueblo bajo.

prematura, porque el público se quejaba como siempre en Francia de que el gobierno hacia poco cuando se esperaba que lo hiciese casi todo. En la cuestion de ferro-carriles, de cuyas empresas se habian retirado los capitales despues de los primeros descabros, vino, aunque tarde, el impulso desde arriba, con la ley de 11 de junio de 1842, por la cual el Estado facilitó á estas empresas capitales considerables, y con la cooperacion de los departamentos y municipios se encargó de las expropiaciones, de los trabajos de desmonte

y terraplen y de las obras de fábrica para las seis sociedades por acciones que se habian formado, y que de esta manera solo tenian que aprontar los carriles y el material móvil y atender á la explotacion y conservacion. Lo demás lo hizo el país, gracias á su feracidad, á la inteligencia, laboriosidad, buen gusto y tendencia á la economía y ahorro racionales de los franceses, y al campo libre y dilatado que la revolucion habia abierto á la actividad individual.

Esta prosperidad ocultaba, sin embargo, grandes males é



Jorge Sand (Amandina Dupin, baronesa Dudevant).

Facsimile de un grabado hecho por N. Desmadryl en 1839, copia del cuadro original de A. Charpentier

inconvenientes muy graves. El gobierno retrocedia sistemáticamente ante toda reforma económica que heria los intereses de aquellas clases de la poblacion con cuyo apoyo contaba mas; la abundancia de capitales llevó consigo el ágio, la fiebre de las especulaciones y el juego de Bolsa, á que tanto se prestaban las acciones de las empresas, juego que enriquecía á los fundadores y empobrecía á los accionistas, que perdian sus ahorros. La grande industria, que habia empezado á desarrollarse en tiempo del imperio, habia ejercido como en todas partes su triste influencia sobre las industrias pequeñas existentes desde tiempos remotos, obligando á muchos artesanos, que formaban la clase media de las ciudades, á convertirse de patronos independientes en obreros, mientras las clases ínfimas de las ciudades y del campo se

lamentaban mas que nunca de su miserable situacion. El dominio exclusivo de la nobleza habia desaparecido y en su lugar se habia levantado la clase media opulenta, especuladora y emprendedora; la igualdad de derechos políticos é individuales habia hecho perder al proletario del campo el apoyo, bien que escaso, de su señor, y no habia podido enseñarle de repente á utilizar en su provecho material la nueva libertad. Todo esto produjo explosiones de desesperacion, como habia sido la de Lyon, hasta que por efecto de las ideas modernas y ultramodernas, que poco á poco se infiltraron desde las capas superiores en las mas bajas de la sociedad, se pusieron estas en fermentacion, al principio apenas perceptible pero continua, tendiendo á nuevas transformaciones de lo existente.

Lo que ciertamente facilitó mas la propagacion de las ideas y pretensiones nuevas fueron las innovaciones introducidas por primera vez en Francia, en 1836, por Emilio de Girardin en su periódico conservador: *La Presse*, de rebajar de una vez el precio de suscripcion y venta del periódico á la mitad, y la añadidura de una novela en forma de folletín, ejemplo que los periódicos de oposicion se dieron prisa á imitar, contando con que el aumento de venta y de los anuncios cubriría el descubierto causado por la rebaja. La experiencia confirmó el cálculo: cuanta mas lectura los periódicos pusieron al alcance de las masas, mas se aficionaban estas á ella y mas la buscaban, y mas se multiplicaba esta literatura, con gran perjuicio del buen gusto. Ya no era aquella la literatura brillante y correcta de la restauracion, hija de los salones de la sociedad elegante, reflejo vivo de la gracia, del ingenio y gusto exquisito, patrimonio de la nacion francesa, era una literatura polemista que respiraba odio; ya no se proponian los novelistas pintar lo bello, lo sentimental y lo ideal, sino la sociedad y sus defectos, exponiendo sus problemas, la necesidad de resolverlos y de trasformar la sociedad. Jorge Sand (Amandina Dupin, baronesa Dudevant), no obstante la repugnancia que le inspiraba la clase media, condenaba los matrimonios cuya base no era el amor sino el interés, y abogaba por la emancipacion de la mujer. Eugenio Sue bajó hasta las capas ínfimas de la sociedad, patentizando y exagerando los males y la bárbara torpeza de la humanidad en nuestro siglo y poniendo frente á frente las virtudes de la clase proletaria y la insensibilidad egoista de los aristócratas. La novela, y especialmente la publicada en los folletines de los periódicos, llegó á ser una robusta palanca social que abrió la vasta brecha por la cual penetraron en las masas los folletos, almanaques y otros escritos populares y baratos, que ilustraban al pueblo sobre su estado abyecto, sus derechos y el camino por donde podia buscar un porvenir mejor y encontrar la justicia que siempre le habia sido negada. Claro es que al mismo tiempo la lectura de estos escritos despertó en las clases mas desgraciadas al ilustrarlas, también el odio á las clases mas felices. El pueblo, el cuarto estado, empezaba á moverse, y enterándose de su derecho iba á reclamar su parte en los goces terrenales y en el gobierno. Era la nueva cuestion social, que se puso al lado de la constitucional.

Mucho antes, genios sensibles á las penas y desgracias de sus semejantes habian reflexionado sobre la desigualdad injusta del reparto de las cargas y goces en la sociedad, y habian llegado á la conviccion de que por tradicional y consagrada por la historia que fuese esta injusticia no dejaba de ser irracional el estado de la sociedad humana, y que por esto mismo era preciso modificarlo y ponerlo en consonancia con la justicia. De ahí nacieron los sistemas socialistas modernos, siendo el primero el *fisicismo* del conde de Saint-Simon, que murió en 1825, y el segundo, el llamado *positivismo* por su autor, Comte, discípulo del anterior. Ambos creian haber encontrado el medio de trasformar pacíficamente la sociedad, organizada sobre la base de la fuerza bruta, en otra basada exclusivamente en el saber y el trabajo. Suprimian las ciencias puramente especulativas, la teología y la filosofía, y con ellas las religiones reveladas y dogmáticas, y conservaban únicamente las ciencias naturales y exactas. El trabajo no debia recaer exclusivamente sobre el desgraciado ni dar lugar á explotacion del débil por el fuerte, sino que debia hacerse por todos, asociados convenientemente para que todos disfrutasen de los beneficios. «¡La edad de oro,—dijo Saint-Simon,—que la tradicion necia ha colocado en el pasado, la tenemos delante!» No cabe duda que el estudio de las matemáticas abstractas y aplicadas en la Es-

RESTAURACION Y REVOLUCION

cuela Politécnica, fundada por el emperador, habia tenido una gran parte en la invencion de estos proyectos de regeneracion social. El genio ardiente y entusiasta de los franceses queda deslumbrado por cualquiera fórmula generosa y lógica, y ya no quiere saber nada de reformas sucesivas y lentas, quiere la reforma total y radical, y por esto es revolucionario. Los escritos de Saint-Simon no estaban destinados por su autor á las masas, para las cuales habrian sido ininteligibles, pero su discípulo Enfantin, alma generosa, y hombre sensual y fantástico, y su compañero Bazard, fueron los apóstoles que predicaron el nuevo evangelio al pueblo, auxiliados por el *Globe*, periódico del partido doctrinario en otro tiempo, redactado por Miguel Chevalier, partidario entonces de Enfantin. Este último llegó á fundar una sociedad, familia ó iglesia, como él y sus adeptos la llamaban, que no



Luis Blanc

reconocia derecho de herencia, emancipaba á la mujer, y hasta introdujo la comunidad de bienes y de mujeres. La falta de recursos y la intervencion del gobierno acabaron con esta secta, pero tras ella vino el *fourierismo*, proclamado por Víctor Considérant como la gran panacea social en su periódico: *El Falansterio*, llamado despues: *La Falange*. Pedro Leroux perfeccionó esta utopia y trató de justificarla filosóficamente. Buonarrotti, el antiguo cómplice de Babeauf, hizo revivir el comunismo de este; Estéban Cabet desarrolló, en su *Viaje á Icaria*, publicado en 1840, la teoría de la comunidad absoluta de bienes, y hasta la llevó, por cierto con lamentable éxito, á la práctica, en la colonia que con este objeto fundó allende el Océano, en Tejas. Proudhon finalmente escribió una *Filosofía de la Miseria*, en la cual contesta á la pregunta: «¿Qué es propiedad?»—La propiedad es el robo, por cuanto es el origen de la desigualdad y del despotismo.»

Todas estas y otras utopias socialistas ó comunistas padecen del defecto comun de que queriendo hacer bien á todos destruyen la libertad individual; pero sin querer penetrar mas en sus misterios, nos interesa aquí exponer la influencia que ejercieron en Francia facilitando singularmente el trabajo de propaganda al partido republicano. Ya en 1834 habia declarado uno de los insurrectos ante el tribunal: «No nos proponemos tanto un cambio político como una trasformacion

social. Podrán ser tan buenos como se quiera la extensión de los derechos políticos, la reforma electoral y el sufragio universal, pero no pasan de medios para llegar á nuestro objeto, que es la distribución justa de las cargas y de los beneficios, la igualdad completa. Sin esta reorganización radical, todas las modificaciones de las formas de gobierno son simplemente mentiras y comedias para el beneficio de unos pocos ambiciosos.» Otro dijo: «Lo que queremos es igual suma de bienestar para todos; y el único gobierno que puede dar esto es el del pueblo para el pueblo, es decir, la república niveladora de fortunas y de clases.» Mas adelante formuló el joven Luis Blanc la cuestión social en su «Organización del Trabajo» en estos términos, que sellaron la alianza entre el socialismo y el partido republicano: «Si ha de mejorar la situación de las clases bajas, de los obreros, es indispensable que tengan influencia política para poder lograr sus pretensiones.» Esto hizo ver claro á las masas, que desde entonces se hicieron republicanas, no por amor á la forma y teoría republicanas sino «porque el pueblo y los trabajadores útiles, á fuer de productores de todo, tienen también el derecho exclusivo sobre todo, y porque la república es el medio para transferir á los que trabajan y nada poseen, los bienes de los que poseen y no trabajan.»

Este dogma demoleedor de toda la civilización existente no dominaba solamente las imaginaciones de los fanáticos ignorantes que le tenían como única panacea eficaz contra todos los males, sino que también inspiraba á inteligencias superiores que todavía iban más lejos, como refiere Jorge Sand (1) de Everard (Michel de Bourges), que paseando con ella y varios otros amigos una noche á orillas del Sena y hablando del porvenir de Francia, exclamó: «¡La civilización! esta es la gran palabra de los artistas, ¡la civilización! Yo os digo que para rejuvenecer y renovar esta sociedad corrompida es menester que este río vaya rojo de sangre, que este palacio maldito sea reducido á cenizas y que esta vasta ciudad que absorbe vuestras miradas sea un yermo desnudo que la familia del proletario surque con su arado y donde levante su choza.»

La idea de la igualdad democrática nacida en 1789 había resucitado con la revolución de 1830 y amenazaba absorber la de la libertad constitucional; pero ni el gobierno ni la clase dominante conocían el peligro que les amenazaba en su propia casa. La monarquía de julio, en su afán de contentar á la clase media, rompió los antiguos lazos que desde tiempo inmemorial existían entre el trono y el pueblo bajo, abriendo entre ambos un abismo semejante al que existía antes entre la nobleza y la masa del pueblo. La clase media por su parte, á imitación de la nobleza, adoptó el carácter exclusivista, altanero, frío é insensible de aquella, complaciéndose en ignorar las alegrías, las penas, las miserias y todo el mundo de ideas de la clase baja y proletaria, como si no formase parte de la nación, no obstante que cabalmente esta clase era la columna principal que sostenía á la pequeña minoría, compuesta de residuos de la antigua sociedad feudal, de las eminencias del parlamento, del ejército y administración del imperio, de la gran industria y del comercio, de la literatura, de la ciencia y de las artes.

Talleyrand, el último hombre de Estado profesional de la vieja escuela, «el hombre de los once perjuros», había muerto en 1838, y los parisienses, siempre chistosos y mordaces, le inventaron este epitafio, porque á instancias de su sobrina había recibido los sacramentos de la Iglesia antes de morir: «Después de haber engañado á su rey, al emperador y á todo el mundo, ha engañado por último al mismo diablo.» Desde

(1) *Histoire de ma vie*, tomo XII, pág. 94.

entonces se fueron vulgarizando rápidamente el cargo de ministro y la alta política; el catedrático, el abogado, el literato y el periodista se creían aptos y aun destinados para regir la nave del Estado; el periodismo, sobre todo, parecía ser la escuela preparatoria para todos los empleos públicos, y de él sacó efectivamente Luis Felipe sus mejores consejeros. «La profesión de periodista comprende todas las otras», dijo Jorge Sand, hablando de Girardin (2). Con esto nació la epidemia de la empleomanía, todos los ambiciosos se hacían periodistas y se mezclaban en política para conseguir un empleo, no para servir á su país sino para vivir á sus expensas, colocar á los amigos y conseguir así poder, honores é influencia. El egoísmo individual se sobrepuso al amor patrio, y el mismo gobierno, al disponer de los puestos de la administración pública, no preguntaba por la aptitud del candidato sino por su opinión é influencia política. El general Bugeaud escribió ya en 1835 respecto de esta nueva epidemia (3): «La empleomanía y el egoísmo dirigen casi todas nuestras acciones, presiden á la elección de los diputados, forman la oposición y refuerzan la mayoría. ¡Lástima de cuarenta años de declamaciones contra la corrupción de las cortes de los reyes para llegar á extender esta misma corrupción á todo el cuerpo social! Antes estaba circunscrita, como una epizootia; ahora lo invade todo, como el cólera.»

La consecuencia de valerse el gobierno de esta palanca para sus fines, fué el aumento de gastos desde 960 millones de francos á 1,260 millones, y que á pesar de los 18 años de paz transcurridos, desde 1830 se cerrara cada ejercicio con un déficit, lo cual engendró en la masa de la población la creencia de que el gobierno no era más que un comercio beneficioso para unos cuantos privilegiados y abominable para todo buen ciudadano.

A esto había conducido la libertad que la nación francesa se felicitó de haber conquistado cuando hubo realizado la revolución de 1830, á un fantasma llamado poder tras el cual corrían todos los partidos como locos, y todo un político como Royer-Collard hubo de confesar (4) en 1837 que ni el gobierno ni el orden social estaban asegurados, y que al primer impulso adverso podían desmoronarse, aunque por lo pronto nadie se presentaba para darlo.

CAPITULO III

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LAS GRANDES POTENCIAS

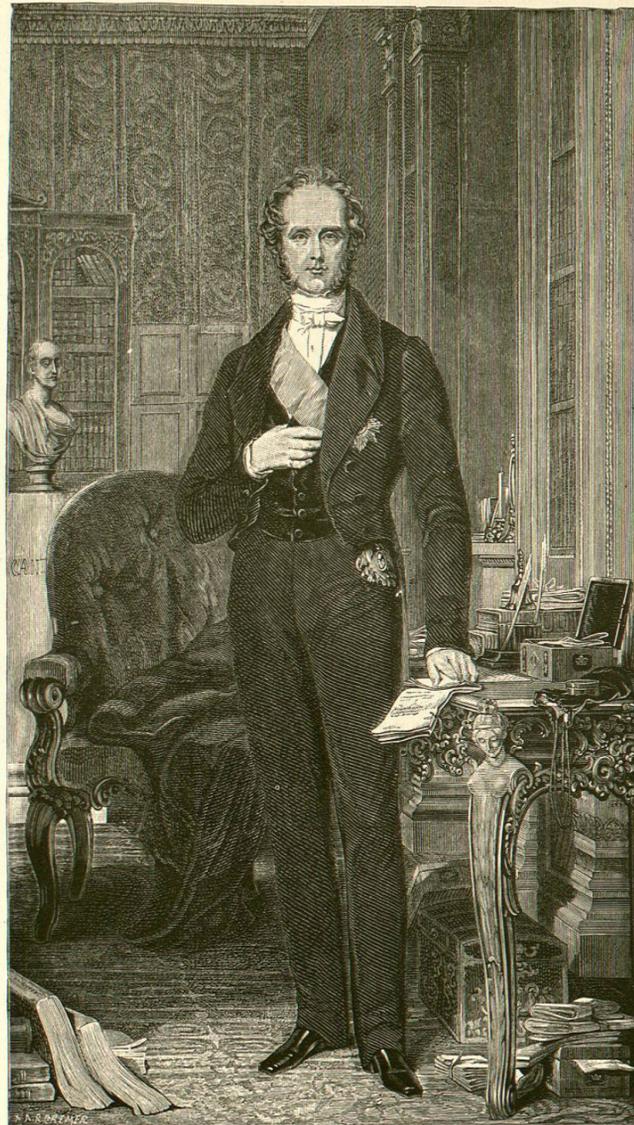
La península ibérica

La revolución francesa de 1830 y las conmociones consiguientes dividieron á las cinco grandes potencias y sus respectivas protegidas en dos bandos, el absolutista y el moderno liberal y constitucional. A la cabeza del primero estaban Rusia, el Austria y la Prusia, y á la del segundo Francia é Inglaterra. La diferencia era radical, porque se basaba sobre principios opuestos, pero esto no fué obstáculo á que se hicieran varias tentativas diplomáticas, principalmente por Luis Felipe y el emperador Nicolás de Rusia, para llegar á una inteligencia, siquiera parcial. Luis Felipe ardía en deseos de ser aceptado por los soberanos absolutos legítimos como uno de los suyos, lo cual no habría disgustado al mismo Metternich, no obstante su odio á la monarquía de julio, si con esto hubiera ganado una aliada como Francia contra la Prusia, cuya paulatina rehabilitación y separación del yugo ruso y austriaco le ponía de mal humor. Los esfuerzos que

(2) *Histoire de ma vie*, tomo XIII, pág. 69.

(3) Ideville, *Le maréchal Bugeaud*, tomo I, pág. 391.

(4) Véase su carta del 28 de setiembre de 1837 á Tocqueville en las *Œuvres de Tocqueville*, tomo VII, pág. 158.



Lord Palmerston